

El Informe MacBride, siempre de actualidad

Gaëtan Tremblay

La reivindicación de un Nuevo Orden Mundial de la Información y de la Comunicación (NOMIC), expresada por los países no alineados desde mediados de los años setenta, culminó con la emisión por parte de la Unesco, en 1980, del informe titulado *Un solo mundo, voces múltiples*, llamado habitualmente Informe MacBride. El informe se publicó en un contexto internacional poco favorable, caracterizado por una guerra fría agonizante pero exacerbada, y el avance de la ideología neoliberal. La acogida con simpatía que obtuvo en algunas regiones del mundo no sirvió para oponerse al ambiente negativo que terminó por condenarlo al aislamiento. Pasados 25 años, ¿qué nos queda de las propuestas del Informe MacBride? ¿Ha cambiado el orden del mundo informático y de las comunicaciones? ¿Tiene sentido hoy el proyecto de renovación del que era portador?

La reclamación de un orden más justo, de intercambios de información más equilibrados, la exposición de las necesidades de infraestructuras comunicativas de los países del Sur y la afirmación del derecho a la comunicación condujeron en un primer momento a los países miembros de la Unesco a adoptar un Programa Internacional para el Desarrollo de la Comunicación (PIDC). Pero los posicionamientos bipolares, dirigidos por los imperativos de la guerra fría, contribuyeron a que algunos países occidentales, con Estados Unidos a la cabeza, percibieran el NOMIC como una estrategia de los países del bloque del Este. La crisis

que se produjo en el seno de la organización internacional alcanzó su paroxismo con la retirada de los EE.UU. en 1984, alegando oficialmente el motivo de la *mala gestión*.

Un año después de hacerse público el Informe MacBride, Margaret Thatcher se instala en la dirección del Gobierno británico y Ronald Reagan llega a la Casa Blanca. Este Informe *de izquierdas*, heredero de dos decenios de protesta y de reivindicación, ve la luz en el momento en que empieza el potente ascenso de la derecha conservadora inspirada en las teorías de Friedrich Hayek, relevadas por los seguidores de la Escuela de Chicago. En Occidente, la influencia del Informe MacBride es barrida desde el principio por una oleada de conservadurismo que reclama en todo el mundo la libre circulación de ideas y bienes materiales, y la desreglamentación —o aún más— la rereglamentación de las comunicaciones como las del transporte aéreo, para servir mejor los intereses corporativos de los grandes grupos multinacionales.

El Informe MacBride proponía un esfuerzo colectivo inmenso para permitir a los países desfavorecidos satisfacer su atraso en materia de equipos de información y comunicación. Aspiraba a la instauración de un sistema de intercambios más justo y más equitativo, apelando a la solidaridad humana. La ideología hegemónica de la época opuso el mercado y el librecambio como soluciones universales a los males del mundo.

El Informe no fue nunca un *best-seller*. Sólo tuvo en la escena internacional una repercusión comparable a la que benefició al informe Nora-Minc en Francia. Obtuvo, no obstante, un éxito de apreciación en los círculos intelectuales y académicos, especialmente en las regiones desfavorecidas y en algunos países pequeños, sin demasiada influencia en la gestión de los asuntos mundiales. En Quebec, por ejemplo, la coyuntura política e ideológica le ofreció un terreno de acogida más favorable.

Gaëtan Tremblay

Profesor del departamento de comunicaciones de la Universidad de Quebec a Montreal, director del Centro de Estudios e Investigación de Brasil (CERB) y codirector del Grupo de investigación interdisciplinaria sobre la comunicación, la información y la sociedad (GRICIS)

La derecha conservadora no había causado nunca tantos estragos como en otros países occidentales. La oposición a la guerra de Vietnam había sembrado las semillas de una desconfianza tenaz ante los objetivos imperialistas americanos. Quebec constituyó un terreno fértil para las experimentaciones de los medios de comunicación con finalidades de educación popular y de animación social, que convergían con las nuevas ideas expresadas en el Informe MacBride. La ideología de la participación, muy difundida en los entornos académicos, los sindicatos y las asociaciones, se encontraba en la fase de las aspiraciones a la justicia social y a la democracia participativa, que constituían sus fundamentos.

Un informe del ministro de comunicaciones evocaba también, en junio de 1971, el derecho inalienable de todos los ciudadanos de Quebec a la comunicación según sus necesidades culturales, sociales, económicas y políticas, y la obligación del Estado de dotarse de un sistema moderno de comunicaciones que le permitiera asumir plenamente sus responsabilidades hacia la población de Quebec. El adelanto fue, sin duda, muy progresista. Sin que se sepa exactamente por qué motivos, el informe anual del ministerio, a partir de 1972-73, abandona esta formulación en términos de objetivos y hace desaparecer cualquier mención al derecho de los ciudadanos a la comunicación. Se contenta a partir de ese momento con enumerar en un lenguaje completamente *neutro* las atribuciones del ministerio.

¿Se ha engañado el Informe MacBride en su interpretación del estado del mundo y de las tendencias que en él se manifiestan? ¿Ha fracasado el NOMIC? ¿Han quedado obsoletas sus recomendaciones o conservan toda la actualidad?

El mundo de la información y de las comunicaciones ha cambiado mucho en un cuarto de siglo. Las innovaciones tecnológicas se han sucedido rápidamente a partir de principios de los años ochenta: la microinformática, la cable distribución, internet, etc. Hoy resulta fácil reprochar a los autores del Informe MacBride no haberlo tenido en cuenta, pero ¿quién podría haberlo contemplado? ¿Qué valor tienen hoy las previsiones promocionales o proféticas sobre la ciudad cableada, el colegio invisible, el desarrollo para la microinformática y otros antojos? Las innovaciones se han extendido, pero no han comportado las transfor-

maciones sociales, culturales, económicas y políticas inherentes.

De hecho, el Informe MacBride no se ha equivocado, ha sido arrinconado. El NOMIC no ha sido un fracaso, nunca se ha implantado.

Algunos progresos, ciertamente, se han registrado a lo largo de las últimas décadas. La cadena Al Jazeera y sus émulas proporcionan ahora otra voz a los países del Sur, más concretamente al mundo árabe. El acceso a internet, allí donde se ha expandido, abre nuevas posibilidades de difusión y de intercambios. Pero, en conjunto, el diagnóstico aportado por el Informe MacBride conserva desgraciadamente toda su actualidad. La diferencia entre los países ricos y los pobres, lejos de suprimirse, se ha agravado aún más con la difusión de las nuevas tecnologías. Que ahora se hable de brecha digital, de *foso numérico*, más que de intercambios desiguales, no cambia mucho la cuestión.

La Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información organizada por la ONU ha permitido apreciar el alcance de la profundidad de este desequilibrio. Si la buena voluntad se ha manifestado ampliamente en Ginebra, se han anunciado oficialmente muy pocos compromisos concretos. La ronda de Túnez debería de permitir apreciar su gravedad a la comunidad internacional, y en especial a los países desarrollados, en sus aspiraciones hacia un mundo más justo y más equilibrado en materia de información y de comunicación. ¿Se vislumbra un Nuevo Orden Mundial de la Información y de la Comunicación? Deseamos un futuro más radiante que el que se le reservó al NOMIC de 1980. MacBride y sus colegas serán los primeros en alegrarse.